

Se intensifica la pulseada entre Rusia y Occidente por la crisis ucraniana

Por Julián Velázquez¹

La creciente tensión entre Rusia y Occidente a causa de la escalada del conflicto en Ucrania, ha sumado recientemente otro capítulo: Estados Unidos y la Unión Europea (UE), seguros de que Moscú está detrás del incremento de la violencia armada en la ex república soviética, implementaron de manera coordinada un nuevo paquete de sanciones contundentes contra los sectores rusos de la energía, las finanzas y el armamento, lo que disparó una firme respuesta por parte de Putin. En el presente documento analizaremos en detalle esta nueva situación.

Debido a que el tema que abordamos aquí es tratado constantemente en los medios de comunicación de todo el mundo, intentaremos no aturdir al lector con una exhaustiva crónica de todos los hechos que se fueron sucediendo desde el estallido de las protestas en Ucrania, cuando el ex presidente pro-ruso de dicho país, Victor Yanukovich, se negó en noviembre pasado a firmar un acuerdo de asociación con la UE. Sin embargo, vale la pena destacar algunos episodios claves, para intentar analizar el porqué de la demonización que sufre el presidente de Rusia, Vladimir Putin y el “doble estándar” que se advierte en el debate Autodeterminación/Integridad territorial, entre otras cosas. Por otro lado, es necesario contextualizar lo ocurrido en Crimea: no es un hecho aislado, sino un episodio más en la puja entre Occidente y Moscú por ganar influencia en el este europeo.

El conflicto ucraniano se reveló asimismo como una lucha evidente que enfrentó a Europa y Rusia: ambas pretendían atraer a la ex república soviética a su esfera de control, cosa que no sorprende si se tiene en cuenta su alto valor estratégico en lo concerniente al abastecimiento energético. No hay que olvidar tampoco que Crimea está dividida lingüística y culturalmente entre un Oeste cercano al Viejo Continente y un Este que se siente más atraído a la Federación de Rusia.

Si bien la destitución de Yanukovich y su reemplazo por un gobierno pro-europeo encabezado por Petro Poroshenko -quien ya firmó el acuerdo descartado por el anterior- significaron un duro revés para Putin, éste se obstina en defender los intereses rusos en el este europeo, su “patio trasero”.

¹ Periodista egresado de TEA y estudiante avanzado de la carrera de Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de Lanús (UNLa). Ha realizado colaboraciones para los diarios Tiempo Argentino y La Razón, y para la revista especializada Reconciliando Mundos, entre otros medios.

Además, explicaremos por qué es un error hablar de una nueva Guerra Fría, tal como lo han hecho apresuradamente varios analistas. Por último, finalizaremos el artículo con unas reflexiones sobre las verdaderas aspiraciones que tiene Putin con la anexión de Crimea: desde ya adelantamos que no se trata de la reconstrucción de la Unión Soviética, sino de consolidar un poder regional, más limitado.

Las sanciones

La UE y EEUU ya habían implementado anteriormente varias sanciones en contra de Moscú, como la congelación de activos a funcionarios rusos y ucranianos, a quienes además se les ha prohibido viajar a ciertos países, pero debemos concluir que estas primeras medidas no resultaron demasiado efectivas. El propio ministro de Exteriores de Rusia, Sergei Lavrov, declaró que no han sido dolorosas.

A la hora de sentarse a la mesa de negociaciones, Rusia tiene las de ganar, al menos en el corto plazo, ya que proporciona el 30 % de la demanda de gas europea, la mayor parte a través de Ucrania. Y Putin le advirtió a la UE que, si no ayuda a Ucrania con la deuda que ésta mantiene con Rusia (le debe 2.200 millones de dólares por el gas), podría suspender completa o parcialmente el envío de dicho recurso natural a la ex república soviética, situación que podría generar problemas con el suministro europeo. La diplomacia de los hidrocarburos es clave como herramienta de presión. Ya en 2006 y en 2009, Rusia cerró la canilla del gas y Europa resultó muy afectada. Es una carta fuerte la que puede jugar Putin, aunque, como bien advierte el politólogo Adolfo Rossi, en el mediano/largo plazo el mercado energético internacional puede proveerle soluciones alternativas al Viejo Continente y también Rusia depende de los euros de la UE para mantener el crecimiento de su economía.

Ahora bien, las sanciones fueron endureciéndose en línea al agravamiento de la crisis. Luego de la invasión encubierta de la península de Crimea por parte de tropas rusas y de la incorporación de la misma por referéndum a la Federación, el este de Ucrania ha sido escenario de una creciente violencia entre los manifestantes pro rusos (que tomaron sedes gubernamentales, como la de la ciudad de Donetsk) y pro ucranianos. Desde hace tiempo se habla de una generalizada insurrección separatista que, según Occidente, es fogueada desde Moscú. La OTAN –que parece haber recuperado su razón de ser- inició el despliegue de fuerzas militares por la crisis en Ucrania para proteger a sus aliados (autoridades de la Organización han denunciado días atrás la incursión en territorio ucraniano de blindados rusos).

EEUU y la UE, como adelantamos al principio de este artículo, implementaron nuevas sanciones económicas motivadas especialmente por el derribo del avión de Malaysia Airlines, hecho del que se acusó al Kremlin: se restringió el acceso de bancos rusos a los mercados de financiación

occidentales, Europa decretó un embargo sobre armamento y Bruselas anunció que denegará las licencias de exportación de equipamiento o tecnología para la exploración o extracción de gas o petróleo. Muchos especialistas han adelantado, en consecuencia, un posible estancamiento de la economía rusa y la devaluación del rublo, entre otras cosas.

Frente a estas medidas, que según algunos analistas han obligado a Moscú a reformular su estrategia económica y presupuestaria, Putin ordenó inmediatas represalias: específicamente, prohibió la importación de productos alimenticios, agrícolas y ganaderos de EEUU, los miembros de la UE, Canadá, Australia y Noruega.

Pero en un mundo con economías nacionales cada vez más interdependientes, las medidas ya enumeradas pueden convertirse en un arma de doble filo y resultar contraproducentes. El Financial Times, por ejemplo, informó que algunas empresas europeas, como Volkswagen, Renault y Adidas, resultarán afectadas. Por su parte, la firma británica British Petroleum, que posee el 20 % de la petrolera rusa Rosneft, admitió que también se resentirá a causa de las sanciones. Incluso el FMI señaló que éstas pueden generar un impacto negativo sobre la UE, deteriorando su PBI, y dañar así a la economía mundial. Tampoco hay que olvidar que este enfrentamiento entre Occidente y Rusia sólo hará que ésta continúe estrechando sus vínculos con los otros BRICS y América Latina, región que Putin visitó el mes pasado.

El regreso de Rusia

En primer lugar, Rusia, de la mano de su presidente, Vladimir Putin, quiere reconstruir su poder nacional y recuperar su estatus de gran potencia. Por eso las naciones occidentales, encabezadas por Estados Unidos, lo aborrecen y demonizan (tal actitud, que llegó al paroxismo de compararlo con Hitler, simplifica hasta el absurdo un análisis que debería ser más responsable). No sorprende que a Boris Yeltsin lo adorasen. Puso a Rusia de rodillas. Tras la desintegración de la Unión Soviética y la renuncia de Mijail Gorbachov, Yeltsin impulsó una potentísima terapia de shock ultraliberal durante la transición al capitalismo, con un balance desastroso: como indica el periodista Vicken Cheterian², Rusia perdió 14 repúblicas, el 47 % de su PBI y un millón y medio de habitantes. Putin modificó el panorama, concentrando el poder en manos del Ejecutivo e imprimiéndole a su gestión una fuerte retórica nacionalista. Marcó así un contraste con el período previo. Siguiendo el trabajo del director del Centro de Estudios Franco-Rusos de Moscú, Jean Radvanyi³, podemos decir que el ex KGB concentró su accionar en tres ejes: retomar el control de la renta sobre las materias primas, reconstruir la industria rusa y

² Revista Explorador N° 4. Rusia: la grandeza recuperada. *Le Monde diplomatique*. Buenos Aires, Capital Intelectual S.A., 2013.

³ Ídem.

reinstaurar el campo institucional ruso en las regiones, dotándose al mismo tiempo de una mayoría política estable. Putin también debió enfrentar, en el frente externo, las presiones tanto de EEUU como de Europa (ésta última con su política europea de vecindad) para reducir la influencia rusa en el espacio postsoviético. No obstante los logros, Rusia presenta serios déficits en materia de derechos sociales, además de que la libertad de expresión está muy limitada y las formas democráticas no son siempre respetadas.

Por otro lado, los hechos que derivaron en la anexión de la república autónoma de Crimea no dejan de estar enmarcados en una seguidilla de “pulseadas” entre el Kremlin y Occidente por ganar influencia en la conflictiva zona de Europa del Este. Los antecedentes están: las “revoluciones de colores” en Georgia (2003) y en Ucrania (2004), que el Kremlin las atribuye a una conjura de Occidente para disminuir el poder ruso en la región; la invasión de Rusia a Georgia (2008), que le permitió a Putin ocupar los enclaves de Osetia del Sur y Abkhazia. A todo lo anterior se suma la creciente tensión entre Rusia y Moldova por la región de Transnistria, cuyos habitantes ya han manifestado sus deseos de ingresar a la Federación Rusa.

Por último, Occidente sostiene, en sus críticas a la maniobra rusa, que se vulneró la integridad territorial de Ucrania. ¿Pero no vulneró EEUU la de Serbia en 1999, cuando apoyó la secesión kosovar? En esa ocasión, Washington apoyó la opción independentista, mientras que Moscú lo consideró una violación a la soberanía de Serbia, como bien lo recuerda Peter Baker en una esclarecedora nota para *The Wall Street Journal*. Ambas naciones intercambiaron papeles respecto a Crimea.

(No) es la Guerra Fría, estúpido

El hecho de que la anexión de Crimea a Rusia haya enfrentado a ésta con EEUU ha motivado a varios analistas a hablar de una nueva Guerra Fría. Pero tal aseveración es un error porque:

- a) No hay paridad entre las capacidades de EEUU, el único país con presencia global, y las de Rusia, con un poder mucho más limitado e intereses regionales acotados. Estados Unidos sufrió la peor crisis desde los años 30, pero está recuperándose lentamente. Y su poderío militar, pese a las reducciones presupuestarias en defensa, es incontestable. Rusia podrá ser uno de los BRICS y ocupar su sillón en el Consejo de Seguridad de la ONU, pero tiene varios flancos débiles: a pesar del crecimiento económico, basado en la exportación de hidrocarburos, existen fuertes desigualdades sociales y la pobreza va en aumento; su estructura productiva tiene dificultades para diversificarse y además sufre una creciente recesión demográfica. Por otra parte, la corrupción es endémica.
- b) No hay una pugna ideológica entre EEUU y Rusia. Tendrán sus matices, pero ambas naciones son capitalistas. Sí puede hablarse, como apunta Rossi, de una diferencia entre democracia liberal y democracia iliberal (de baja intensidad o dirigida, como le dicen

eufemísticamente). Pero tal distinción está lejos de acercarse a la potente antítesis comunismo/capitalismo que caracterizó a la Guerra Fría.

- c) La probabilidad de que el enfrentamiento entre Estados Unidos y Rusia –con motivo de la crisis ucraniana- derive en una contienda nuclear, es muy baja. No como lo fue en los momentos más álgidos de la Guerra Fría. Sólo basta recordar la Crisis de los Misiles.

Las verdaderas pretensiones rusas

En contra de los discursos paranoicos que están a la orden del día, y que alertan sobre el despertar del ambicioso gigante soviético y un inmediato expansionismo sobre las ex repúblicas comunistas, el reconocido historiador Jorge Saborido⁴ sostiene: “Para calibrar la importancia de Ucrania para los rusos no es necesariamente correcto argumentar que a partir de su control Putin aspira a reconstruir la URSS, como sostiene, entre otros, el conocido analista estadounidense Zbigniew Brzezinski; basta echar un vistazo al mapa de Eurasia para entender – otra cosa es compartir sus decisiones- el comportamiento del presidente ruso”.

Además, hay estudiosos que temen un supuesto “efecto dominó” en la región, desencadenado por la anexión de Crimea a Rusia. Rossi se muestra muy crítico al respecto: “En la historia, la teoría del dominó se demostró falsa. A largo plazo, Rusia aspira a ser una gran potencia (seguramente es probable que ese status lo alcance junto con otros actores, como China o Alemania), pero por el momento considero que su preocupación pasa por ser un poder regional, más ‘respetado’ por Europa. Más que un retorno a la ex URSS, creo que Rusia consolidará una zona de influencia más limitada”.

Por otra parte, considera poco probable que la OTAN (Putin denunció en múltiples oportunidades su expansionismo en la región) intervenga en el conflicto, aunque aclara que éste ha resultado un incentivo para el mantenimiento de la alianza y para un mayor rol de los países ex aliados de la URSS. Putin mueve con cuidado sus piezas. Respecto a Crimea, vio la oportunidad y la aprovechó: la UE y los ucranianos pro-europeos, con la destitución de Yanukovich y la absurda decisión de abolir el estatuto del idioma ruso⁵, le dieron todas las razones para intervenir. Y encima contaba con el “beneplácito” de las comunidades rusófilas. La ocasión era inmejorable. Desde su punto de vista, Moscú sólo se limitó a recuperar un territorio cedido a Ucrania por Nikita Krushev en 1954, sin que le importase en lo más mínimo el Memorando de Budapest de 1994 por el que se comprometió a respetar la integridad territorial

⁴ *Le Monde diplomatique*. Edición cono sur. N° 178. Abril 2014.

⁵ Ídem. Este tema lo aborda muy bien Olivier Zajec, miembro del Instituto de Estrategia Comparada (ISC) de París.

de Ucrania. Y Putin actuó en base a un desapasionado cálculo costo/beneficio. De la misma manera determinará sus próximos movimientos.